

La eminencia sobre que fue edificada Pompeya debe haber sido formada en una época muy remota, y está compuesta de productos volcánicos vomitados por el Vesuvio.

Háse creído que la mar había bañado en otro tiempo los muros de Pompeya, y que había dilatado sus aguas hasta el punto por donde pasa hoy el camino de Salerno; y Strabon dice en efecto que aquella ciudad servía de arsenal marítimo á muchas ciudades de la Campania, añadiendo estaba cerca de Sarno, rio que podían bajar y subir los mercaderes.

Muchos hechos que he observado en Pompeya, parecerían incomprendibles sino se tuviera presente que la destrucción de esta ciudad ha sido producida por dos catástrofes distintas: la una en el año 63 de Jesucristo por un terremoto, y la otra seis años después por una erupción del Vesuvio. Sus habitantes empezaban apenas á reparar los destrozos causados por la primera, cuando los signos precursores de la segunda los obligaron á abandonar un lugar que no tardó en ser enterrado bajo un diluvio de cenizas y materias volcánicas.

No obstante varios restos de construcciones de ladrillo indican su posición. Conservóse sin duda por algún tiempo en sus cercanías una parte de la población, puesto que Pompeya está indicada en el *Itinerario* de Antonino y en la carta de Peutinger. En el siglo III los condes de Sarno abrieron un canal tributario del rio de este nombre: sábese que pasaba por debajo de Pompeya, pero se ignora la verdadera posición de esta ciudad en los tiempos antiguos, habiendo sido el origen de las excavaciones mandadas practicar por el gobierno napolitano, el hallazgo de una estatua en 1748, en el campo de un labrador al tiempo que araba sus tierras.

En la época de los primeros trabajos, los escombros que se sacaban de la parte que se trataba de descubrir, se vertían en la que ya lo había sido, y á manera que se iban extrayendo las pinturas al fresco, los mosaicos y otros objetos curiosos, la cavidad desembarazada se volvía á llenar de nuevo; hoy se sigue un sistema diferente.

Aun cuando las obras de excavación no han ofrecido grandes dificultades por los pocos esfuerzos que exige el terreno para ser excavado, solo hay desenterrada una séptima parte de la ciudad. Algunas calles están al nivel del gran camino que pasa á lo largo de los muros, cuyo circuito es de cerca de seiscientos toesas.

Viniendo de Herculano, el primer objeto que llama la atención, es la quinta de Arrio Diomedes, situada en los arrabales. Ofrece desde luego á la simple vista una construcción lindísima, y está tan bien conservada aunque le falta un piso, que puede dar una idea exacta de la distribución interior que los antiguos daban á sus viviendas. Bastaría poner puertas y ventanas á aquella abandonada morada para hacerla habitable, y aunque muchos cuartos son extremadamente pequeños, el propietario era un hombre opulento, observándose que en las casas de las gentes menos acomodadas los cuartos son aun más reducidos.

El pavimento de la de Arrio Diomedes es de mosaico y los cuartos solo tienen ventanas, no recibiendo muchas la luz sino por la puerta. Las necesidades de nuestra sociedad y sus costumbres nos hacen ignorar el uso de muchos pasadizos y recodos que se echan de ver en ella. Las ánforas que contenían el vino están aun por descubrir por completo, y permanecen con el pie enterrado en la arena y apoyadas contra la pared.

La calle de las Tumbas ofrece á derecha é izquierda los sepulcros de las principales familias de la ciudad, y aun cuando la mayor parte son de cortas dimensiones, su construcción es de mucho gusto.

Las calles de Pompeya no son anchas, pues solo cuentan quince pies de un lado á otro, haciéndolas

aun más estrechas las aceras: están pavimentadas con piedra de lava gris y de formas irregulares como las antiguas vías romanas, distinguiéndose aun claramente la huella de las ruedas. Solo ha quedado en pie en las casas la planta baja; pero las ruinas manifiestan tenían más de un piso: casi todas tienen un patio interior, en cuyo centro está un *impluvium* ó depósito para conservar el agua llovediza, y del que pasaba á una cisterna contigua. La mayor parte de las casas estaban adornadas con pavimentos de mosaico y de paredes generalmente pintadas de amarillo, azul ó encarnado. Sobre este fondo había pintados lindos arabescos y cuadros de diversas dimensiones. Las casas tienen generalmente una sala de baño sumamente cómoda, que con frecuencia está construida con paredes dobles, y cuyo espacio intermedio estaba vacío con el objeto de que la habitación se preservase de la humedad.

Las tiendas de los mercaderes de productos, líquidos y sólidos, ofrecían á la vista gruesos macizos de piedra con frecuencia revestidos de mármol, y en los que estaban empotradas las vasijas que contenían los efectos.

Háse creído que el género de comercio que se hacía en algunas casas estaba designado por figuras que aun permanecen esculpidas en el muro exterior; pero estos emblemas parecían indicar mas bien el genio á cuya protección estaba acogida la familia.

Las odres y las máquinas de moler el grano indican los despachos de los panaderos. Estas máquinas consisten en una piedra de base redonda, cuya extremidad superior es cónica y se adapta al hueco ó cavidad de otra que como ella está labrada en forma de embudo en su parte superior: haciendo dar vueltas á la piedra de arriba por medio de dos asas laterales que atravesaban unos maderos, el grano vertido en el embudo superior caía por un agujero entre el embudo invertido y la piedra cónica reduciéndolo á harina el movimiento de rotación.

Los edificios públicos, como los templos y los teatros, son en general los que están mejor conservados, y por consecuencia lo más interesante de Pompeya.

El pequeño teatro, que según las inscripciones, servía para las representaciones cómicas, está en buen estado: puede contener 1,500 espectadores al paso que en el grande hay local para más de 6,000 personas.

De todos los anfiteatros antiguos, el de Pompeya es uno de los menos deteriorados. Removidos los escombros, se han encontrado en los corredores que rodean la arena, excelentes pinturas que brillaban con los colores más vivos; pero puestas en contacto con el aire exterior, se han alterado notablemente. Estó no obstante, se descubren aun vestigios de un león y un clarinero vestido de un modo extraño. Las inscripciones que tienen relación con los diferentes espectáculos que se representaban, son un monumento muy curioso.

Para formar idea exacta de la forma y extensión de las maravillas de la ciudad, el medio más á propósito es examinar el plano de ellas.

«Estas fortificaciones, de catorce pies de ancho, dice Mr. Mazois, se componían de un terraplen y un contra-muro, y se subía á ellas por escaleras suficientemente espaciosas para dar paso á dos soldados de frente. Las murallas están sostenidas, así por la parte de la ciudad como por la de la campiña, por una pared de piedra sillería, y según las leyes de construcción militar, la exterior debía tener cerca de veinte pies de elevación, y la interior debía elevarse sobre el terraplen lo menos ocho pies. Una y otra están construidas con la especie de lava llamada *piperina*; exceptuando los cuatro ó cinco primeros sillares del muro exterior, que son de pedernal ó canto grosero. Todas las piedras están perfectamente uni-

das, siendo efectivamente casi innecesario el mortero en construcciones como estas hechas con materiales de gran dimensión. Este muro exterior está más ó menos inclinado hacia la fortificación, mientras que los primeros sillares por el contrario van escalonándose á medida que se elevan.

»Algunas de las piedras, y sobre todo las de los primeros sillares están entalladas y encajadas unas en otras de modo que se sostengan mutuamente. Como este modo de construir se eleva á una remota antigüedad, parece haber imitado las pelásgicas ó ciclopias, de que conserva rasgos, y puede conjeturarse que la parte de los muros de Pompeya, de este modo edificadas, es obra de los Oscos ó al menos de las primeras colonias griegas que fueron á establecerse en la Campania:

»Ambos muros están almenados de manera que vistos por la parte de la campiña figuran un doble recinto de fortificaciones.

»Estas murallas se presentan á la vista desordenadas, cosa que solo puede atribuirse á los terremotos que precedieron á la erupción de 79. Pienso, añade Mr. Mazois, que Pompeya ha debido ser desmantelada muchas veces, y lo prueban las brechas y reparaciones que se observan en sus murallas. Parece también que estas fortificaciones debían haber sido consideradas hace ya tiempo como innecesarias, puesto que por la parte donde estaba el puerto se han edificado viviendas sobre los muros, que en muchas partes se han derribado con este objeto.

»Estos muros están coronados de torres que no corresponden á la gran antigüedad de aquellos, pues su construcción indica que pertenecen á los tiempos en que se repararon las murallas; las torres son de forma cuadrangular, sirven de poterna, y están colocadas á igual distancia unas de otras.

»Parece que la ciudad carecía completamente de fosos, al menos por la parte en que se ha escavado, porque los muros están asentados en un terreno escarpado.»

Vése pues que las fortificaciones, por su género especial de construcción, han sido los monumentos que más han resistido á la acción del tiempo, pues á pesar de la esquisita atención con que se ha procurado conservar los que se han descubierto, la exposición al aire libre de que habían estado preservados hacia largo tiempo, los ha desmoronado. Las lluvias de invierno, en extremo abundantes en la Europa meridional, hacen que la humedad penetre gradualmente por las grietas y los revestimientos. Esta acción destructora hace crecer en ellas el musgo y otras plantas que desmenuando los restos que constituyen las ruinas, concluyen por convertirlas en escombros. Para evitar esta destrucción se han cubierto los muros con tejas, y para evitar el mismo resultado en los edificios, se han rehabilitado los techos.

El plano indica cinco puertas, designada cada una de ellas con un nombre peculiar que han tomado después del descubrimiento de la ciudad, pero que no se apoya en monumento alguno. La puerta de Nola que es la más pequeña de todas, es la única que conserva sus arcos; la más próxima al Forum ó cuartel de los soldados, que es por la que se entra, ha sido construida cerca de la antigua.

Algunos han pensado que en lugar de extraer de Pompeya los diferentes objetos que en ella se han encontrado, y formar con ellos el museo de Portici, hubiera sido mejor dejarlas en el lugar que ocupaban, y de este modo se tendría una ciudad antigua y todo lo en ella contenido. Esta idea es especiosa, y los que la proponían no han reflexionado que muchas cosas se hubieran deteriorado por el contacto del aire, y que independientemente de esta inconveniencia, se hubiera corrido el riesgo de ver robados muchos objetos por viajeros poco delicados, cosa por desgracia con

frecuencia observada. Además, sería necesario para pensar en amueblar algunas casas, que el recinto de la ciudad estuviese enteramente reparado, de tal suerte, que apareciese aislada, y no ofreciese por lo tanto la facilidad de bajar á ella desde los terrenos circunvecinos; entonces se cerrarían las puertas, y Pompeya no estaría expuesta á ser saqueada de nuevo por los piratas terrestres.

No he tenido otro designio al escribir esta *Noticia* que dar una idea sucinta del estado de las excavaciones de Pompeya en 1817. Para conocer bien este lugar importante, conviene consultar la erudita obra de Mr. Mazois, titulada *Ruinas de Pompeya*. Hállanse también descripciones preciosas en un libro que publicó durante su residencia en Nápoles el señor conde de Clarac, conservador de antigüedades. Este libro titulado *Pompeya*, no ha sido puesto en venta en atención al escaso número de ejemplares que de él se tiraron, pero Mr. Clarac da en él cuenta exacta é instructiva de muchas excavaciones que dirigió.

Es tan necesario consultar, en este objeto interesante, solo obras á las que haya presidido el cuidado más escrupuloso, que frecuentemente se ven viajeros y escritores que por no haber visto jamás á Pompeya, repiten con sobrada confianza los cuentos absurdos debidos á los *ciceroni*. Algunos periódicos diarios de París han transcrito últimamente un artículo del *Correo* de Londres, en que Mr. W... abusaba extrañamente del privilegio de contar cosas extraordinarias. Mencionaba en su relato el dinero hallado en el cajón de un mostrador, una lanza apoyada todavía contra una pared, epigramas trazados en las columnas del cuartel de los soldados, y calles adornadas de edificios públicos.

Estas necedades han impelido á Mr. M... que ha examinado durante doce años las excavaciones de Pompeya, á comunicar al *Diario de los Debates* de 18 de febrero de 1821, observaciones en extremo sensatas.

«Sin duda es permitido, dice Mr. M..., á los que visitan á Pompeya, escuchar los cuentos que les relatan los *ciceroni* ignorantes é interesados, á fin de obtener de los extranjeros que conducen, algunas monedas más; es también muy corriente darles fe, pero hay algo más que candidez en contarlos sencillamente como verdades, é ingerirlas en los diarios de más circulación.

»La relación de Mr. W... me hace recordar que habiendo visto el caballero Coghell en el museo de la reina de Nápoles unas *Artoplas* ó tarteras para cocer el pan, las tomó por sombreros, y escribió á Londres que había hallado en Pompeya sombreros de bronce de extraordinaria ligereza.

»Las excavaciones de Pompeya tienen un interés demasiado general, los descubrimientos que proporcionan son demasiado preciosos bajo el aspecto histórico, artístico y de la vida privada de las naciones, para que sea lícito publicar relaciones absurdas y erróneas, sin advertir al público la ninguna fe que merecen.»

## CARTA DE MR. TAYLOR A MR. CH. NODIER.

SOBRE LAS CIUDADES

### DE POMPEYA Y HERCULANO.

«Importan tanto para la historia de la antigüedad Herculano y Pompeya, que para estudiarlas bien, es preciso vivir y morar en ellas.

»Establécime en la casa de Diomedes, situada á la puerta de la ciudad, cerca de la vía de las Tumbas,

con objeto de seguir paso á paso todas las circunstancias de una excavacion curiosísima bajo todos aspectos, y hallé tan cómoda aquella morada, colocada al lado de la casa de Salustio, que la preferí á los palacios inmediatos al Foro.

»Mucho se ha escrito sobre Pompeya; pero tambien se ha desvariado notablemente. Por ejemplo, un sabio llamado Matorelli se ocupó durante dos años enteros en redactar una enorme memoria para probar que los antiguos no habian conocido las vidrieras, y quince dias despues de la publicacion de su in-folio, se descubrió una casa cuyas ventanas estaban cerradas con vidrios. Necesario es convenir, no obstante, que los antiguos no eran muy amigos de esta clase de huecos, pues comunmente la luz entraba por la puerta; pero en las casas de los patricios se veian hermosos cristales, tan transparentes como nuestros vidrios de Bohemia, y que se ajustaban con listones de bronce, de mucho mejor gusto que los nuestros, de madera.

»Un viajero de mucho genio y talento, que ha publicado algunas cartas sobre la Morea, y con él otros muchos, han extrañado que las modernas construcciones de Oriente sean absolutamente semejantes á las de Pompeya; pero reflexionando un poco, nada mas natural que esta semejanza. Las artes en general han nacido en Oriente, y esto no debian nunca olvidarlo cuantos se dedican al estudio y desean ilustrar la opinion.

»Continuáanse las excavaciones con mucha perseverancia, orden y cuidado, intentando descubrir un nuevo cuartel y soberbias termas, y en una de las salas que he visto, he observado con sorpresa tres sillas de bronce, de forma enteramente desconocida y de una construccion bellísima. En una de ellas estaba colocado el esqueleto de una mujer, cuyos brazos se hallaban cubiertos de alhajas; y en la otra habia brazaletes de oro, de forma ya conocida: examiné un collar, de trabajo ciertamente maravilloso, y puedo asegurar seria imposible que nuestros mas hábiles diamantistas hicieran cosa mas preciosa, ni de mejor gusto.

»Difícil es pintar el placer que se experimenta al tocar aquellos objetos en los mismos sitios en que han reposado tantos siglos, y antes que la ilusion desaparezca. Una de las ventanas estaba cerrada con hermosos vidrios, que se han trasladado al museo de Nápoles.

»Las alhajas fueron transportadas al palacio real, siendo á pocos dias objeto de una exposicion pública.

»Pompeya ha permanecido veinte siglos oculta en las entrañas de la tierra, y aun cuando las naciones han pasado sobre su suelo, sus monumentos han permanecido en pié y sus adornos intactos. Si reviviera un contemporáneo de Augusto, podria decir: «Salud, ¡oh patria mia, mi morada es la única que ha conservado su forma sobre la tierra, y con ella hasta los mas triviales objetos de mi afecto. Hé aquí mi lecho; hé aquí mis autores favoritos. Mis pinturas están aun tan frescas como el dia en que la mano ingeniosa del artista adornó con ellas mi vivienda. Recorramos la ciudad, vamos al teatro y en él reconoceré el sitio donde aplaudí por primera vez las bellas escenas de Terencio y Eurípides.»

»Roma es un vasto museo: Pompeya es una antigüedad viva.»

## ADVERTENCIA DE LA EDICION DE 1827.

Nada de particular tengo que decir acerca del *Viaje á América* que va á leerse; la narracion, así como el asunto de los *Natchez*, está sacada del manuscrito original de los mismos *Natchez*, y por lo tanto, este *Viaje* encierra su comentario y su historia.

Todas mis obras mencionan con frecuencia mi paso por América, y aun cuando habia pensado recoger y colocar por orden de fechas en mi relato, todas esas reminiscencias, he renunciado á este propósito para evitarme un doble trabajo, y solo me he circunscrito á recordar aquellos pasajes, citando algunos que me han parecido necesarios para la inteligencia del texto, y son de corta extension.

En la *Introduccion* he insertado un fragmento de las *Memorias de mi vida*, para que el lector se familiarice con el jóven viajero á quien va á seguir á Ultramar; y en cuanto á la redaccion, diré que he corregido con esmero la parte escrita anteriormente, siendo del todo nueva la que describe los hechos posteriores á 1794, que nos conducen hasta nuestros dias.

Al hablar de las repúblicas españolas, digo (hasta donde me es permitido decir) lo que hubiera deseado hacer en pro de aquellos Estados nacies, cuando mi posicion política me daba influencia en los destinos de los pueblos; pero debo, no obstante advertir que, no he tratado este gran negocio sin tener presente cuanto necesitaba para ilustrarme en él, habiendo hojeado muchos volúmenes impresos y *Memorias inéditas* para componer una docena de páginas. He consultado además á personas que han viajado y residido en las repúblicas españolas, y soy deudor á la atencion del caballero Esmenard, de datos preciosos sobre los empréstitos americanos.

El prefacio que precede al *Viaje á América* es una especie de historia de los viajes, y presenta al lector el cuadro general de la ciencia geográfica, ó mejor dicho, el itinerario del hombre por el globo.

Respecto á mis *Viajes por Italia*, solo era conocida del público mi carta dirigida desde Roma á Mr. de Fontanes, y algunas páginas acerca del Vesuvio: las cartas y notas que se han unido á estos opúsculos, no habian visto aun la luz pública.

Los *Cinco dias en Auvernia*, trozo inédito, siguen, en el orden cronológico á las Cartas y Notas sobre Italia.

El *Viaje al Monte Blanc* vió la luz en 1800, pocos meses antes de mi partida para Grecia.

## PREFACIO.

Los viajes son una de las fuentes de la historia, pues por medio de las narraciones de los viajeros se hermana la historia particular de cada país con la de las naciones extrañas.

Los viajes se remontan hasta la cuna de la sociedad, y los libros de Moisés nos cuentan, las primeras emigraciones de los hombres. En estos libros vemos al patriarca conducir sus ganados en las llanuras de Canán, al árabe vagar por sus solitarias arenas, y al fenicio explorar las mares.

Moisés hace salir la segunda familia de los hombres, de las montañas de Armenia, punto central de las tres grandes razas, cobriza, negra y blanca: indios, negros y celtas ú otros pueblos del Norte.

Los pueblos pastores reconocen por padre á Sem, los comerciantes á Cam, y los militares á Jafet. Moisés puebla la Europa con los descendientes de Jafet, y los griegos y romanos consideran á Japeto como el padre de la especie humana.

Homero, bien haya existido un poeta de este nombre, bien sean las obras que se le atribuyen una coleccion de las tradiciones griegas, nos ha dejado en la *Odisea*, el relato de un viaje, transmitiéndonos por su conducto las ideas que en la primera antigüedad existian acerca de la configuracion de la tierra, cosmografía conforme con la de Hesiodo: segun aque-

llas ideas, la tierra representaba un disco circundado por el rio Océano.

Herodoto, padre de la historia, como Homero lo es de la poesia, fue como este un viajero; recorrió el mundo conocido en su tiempo, y ¿con qué encanto no ha descrito las costumbres de los pueblos? En aquella época no existian aun mas que algunas cartas de las costas, trazadas por los navegantes fenicios, y el mapamundi de Anaximandro, corregido por Hecateo, que escribió tambien un itinerario del mundo, citado por Estrabon.

Herodoto es el único que distingue bien dos partes de la tierra, la Europa y el Asia, pues la Libia ó el Africa, segun él, no eran otra cosa que una vasta península de esta última region. Marca tambien los caminos de algunas caravanas en el interior de la Libia, y da una sucinta relacion de un viaje al rededor de Africa. Necos rey de Egipto, protegió la navegacion de unos fenicios del golfo árabe, quienes volviendo á este país por las columnas de Hércules, despues de haber invertido tres años en llevar á efecto su navegacion, contaron á los admirados pueblos que habian visto al sol á su derecha. Tal es el hecho contado por Herodoto.

Los antiguos, como nosotros, tuvieron dos especies de viajeros; unos que recorrían la tierra, y otros que visitaban los mares. Próximo á la época en que escribió Herodoto, el cartaginés Hannon realizó su *Periplo*, quedándonos asimismo algunos restos de la compilacion de las excursiones marítimas de su tiempo, hechas por Scylax.

Platon nos ha dejado la novela de aquella Atlántida, en la que se ha querido descubrir la América, y Eudoxio, compañero de viaje del filósofo, compuso un itinerario universal, en el cual unió la geografía á las observaciones astronómicas.

Hipócrates visitó los pueblos de la Escitia, y aplicó los resultados de su experiencia al alivio de la especie humana.

Jenofonte ocupa un lugar ilustre entre aquellos viajeros armados, que contribuyeron á hacernos conocer la morada que habitamos.

Aristóteles, que se adelantó á su siglo, creia que la tierra era esférica, y calculaba su circunferencia en 400,000 estadios, pensando como Cristóbal Colon, que las costas de la Hesperia estaban en frente de las de la India. Tenia una idea vaga de Inglaterra é Irlanda, á las que denominaba Albion y Jerna, y aun cuando no le eran desconocidos los Alpes, los confundia con los Pirineos.

Dicearco, uno de sus discípulos, hizo una descripcion encantadora de la Grecia, de la cual solo poseemos algunos fragmentos, en tanto que otro discípulo de Aristóteles, Alejandro el Grande, llevaba el nombre de la misma Grecia hasta las fronteras de la India. Las conquistas de Alejandro obraron una revolucion en las ciencias como en los pueblos.

Androstenes, Nearco y Onesicrito, reconocieron las costas meridionales del Asia, y despues de la muerte de Filipo, Seleuco Nicanor penetró hasta el Ganges; Patrolo, uno de sus almirantes, navegó en el Océano Indio. Los reyes griegos de Egipto abrieron un comercio directo con la India y la Trapobana; Tolomeo Filadelfo envió á la India geógrafos y flotas; Timostenes publicó una descripcion de todos los puertos conocidos, y Eratóstenes cimentó sobre bases matemáticas un sistema completo de geografía. Las caravanas que hacían el comercio, penetraban en la India por dos caminos diferentes, uno de los cuales terminaba en Palibotra, descendiendo por el Ganges, y el otro circuía los montes Imatis.

El astrónomo Hiparco anunció una dilatada tierra que debia unir la India al Africa, profetizando ya el universo de Colon.

La rivalidad de Roma y Cartago hizo viajero á Po-

libio, y le condujo á visitar las costas del Africa hasta el monte Atlas, con el fin de conocer á fondo el pueblo, cuya historia queria escribir. Eudoxio de Cirica intentó dar la vuelta al Africa por el Oeste, en los reinados de Tolomeo Fiscon y Tolomeo Latur, y buscó una ruta mas directa para pasar desde los puertos del Golfo Árabe á los puertos de la India.

Empero los romanos, extendiendo sus conquistas hacia el Norte, arbolaron nuevas velas: Pitheas de Marsella, que anteriormente habia tocado en las riberas de donde debian venir un dia los destructores del imperio de los Césares, navegó hasta los mares de la Escandinavia; fijó la posicion del Cabo Sagrado y del Cabo Calbium (Finisterre) en España, reconoció la isla Uxisama (Ouessant), la de Albion, una de las Casitéridas de los cartagineses, y surgió á la famosa Thulé, que la antigüedad creyó fuese la Islandia, pero que segun todas las apariencias, es la costa del Jutland.

Julio César esclareció la geografía de los galos, comenzó el descubrimiento de la Germania y de las costas de la isla de los Bretones, y Germánico llevó las águilas romanas hasta las márgenes del Elba.

Estrabon, en el reinado de Augusto, comprendió en una obra, así los conocimientos de los viajeros que le habian precedido, como los que él mismo habia adquirido; pero si su geografía ofrece alguna novedad relativamente á algunas partes del globo, hace tambien retrogradar la ciencia en algunos puntos: Estrabon distingue las islas Casitéridas de la Gran Bretaña, y presume que las primeras (que segun esta hipótesis deben ser las Sorlingas), producian estaño: este metal se extraía de las minas de Cornouailles, y cuando el geógrafo griego escribia, hacia ya tiempo conocia el mundo romano el estaño de Albion, que llegaba á aquellos países atravesando las Galias.

En la Galia ó la Céltica suprime este geógrafo casi toda la península armoricana, y no conocia el Báltico aun cuando pasase ya por un gran lago salado, en cuya extension se hallaba la *Costa del ámbar amarillo*, que es la Prusia actual.

En la época en que florecia Estrabon, Hipalo fijó la navegacion de la India por el Golfo Árabe, experimentando los vientos regulares que llamamos *monzones*, tomando uno de estos vientos, el de Sud-Oeste que conducia á la India, el nombre de *Hipalo* de aquel intrépido navegante. Las flotas romanas partian por lo regular del puerto de Berenice, cuando el estío llevaba corrida la mitad de su carrera, y llegaban en treinta dias al de Ocelis ó Caná en la Arabia; de allí se dirigian al de Muziris, primera escala de la India, en cuarenta dias, invirtiendo por lo tanto setenta en la navegacion. El retorno, que se hacia en invierno, se verificaba en el mismo espacio de tiempo, de lo que resulta que los antiguos empleaban menos de cinco meses para ir y volver de las Indias. Plinio y el *Periplo* del mar Eritreo suministran estos curiosos detalles.

Despues de Estrabon, Dionisio el Periegeta, Pomponio Mela, Isidoro de Charax, Tácito y Plinio vienen á aumentar los conocimientos ya adquiridos acerca de las naciones antiguas. Plinio, sobre todo, es interesante por el número de viajes y relaciones que cita. Al leerle vemos con sentimiento se ha perdido una descripcion completa del imperio romano, hecha de orden de Agripa, yerno de Augusto, así como los Comentarios sobre el Africa escritos por el rey Juba, comentarios extractados de los libros cartagineses; tambien carecemos de una relacion de las islas Afortunadas de Stacio Seboso, las *Memorias* de la India por Séneca, y un *Periplo* del historiador Polibio, tesoros que con dolor llorará perdidos la posteridad. Plinio tuvo alguna noticia del Thibet; fijó el punto oriental del mundo en la embocadura del Ganges; al Norte entrevió las Orcades; conoció la Escandinavia, y dió el nombre de *Golfo Codan* al Mar Báltico.